

LA LITERATURA MEXICANA

La trama de un momento literario

EL ESTUDIO HISTÓRICO de la literatura echa mano normalmente de una convención: la de figurarse el curso de la producción literaria como un ordenado desfile de corrientes, grupos, personalidades y obras que surgen, florecen y desaparecen para dejar el lugar a los que siguen. Van sucediéndose, en efecto, las corrientes y acaso las obras —si nos olvidamos que permanecen—, pero los escritores continúan escribiendo y evolucionando ellos mismos, hasta su muerte. En ocasiones muy frecuentes, abandonan definitivamente el género literario de sus primeras apariciones —la poesía por lo común— y en su madurez prefieren el ensayo o los estudios culturales. Por ello, para considerar el panorama de un momento literario, no es posible aplicar la convención de corte horizontal con que tradicionalmente se expone la historia literaria, sino que es necesario, en cambio, y ya que se trata del estudio de “un momento” que carece de desarrollo temporal, intentar un corte vertical que nos permita ir observando las capas históricas que coinciden en ese momento.

Al intentar el examen de la literatura mexicana actual, en el lapso que va de 1954 a 1959 encontramos, en principio, que aunque más o menos diezmadadas o con algunas deserciones, hoy continúan produciendo escritores de casi todas las generaciones a partir de la de 1910. Junto a las obras de madurez de Alfonso Reyes, que surgió a las letras por aquellos años; de Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, de la generación de *Contemporáneos* de los veinte; de Agustín Yáñez, que procede de una generación jalisciense cuya obra se inició hacia los últimos veinte, y de Octavio Paz y de Alí Chumacero, de las generaciones de *Taller* y *Tierra Nueva*, respectivamente, de los últimos treinta, vamos a encontrar las obras de los escritores más recientes que inician hoy su obra y que dan el tono original de esta actualidad literaria.

Para comenzar a desbrozar el camino podríamos, pues, separar en principio tres zonas en la trama de un momento literario. En primer lugar la que forman los escritores —de cincuenta años para arriba, convengamos— de generaciones, grupos y tendencias que tuvieron su apogeo como innovadores en los primeros treinta años del siglo y que prosiguen su obra. En segundo lugar vendrían los escritores de generaciones inmediatas, que cuentan hoy entre cuarenta y cincuenta años, cuyas ideas literarias son de hecho las que prevalecen y que comienzan a escribir en estos años sus obras de madurez. Y en último lugar los escritores jóvenes, de menos de cuarenta años, que hacen sus primeras armas y cuya obra constituye la originalidad propia de este momento literario.

En cierta manera, será preciso volver a recorrer el camino andado, aunque sólo para registrar a los autores que prosiguen su obra y a aquellos que hoy viven su madurez activa, para llegar, finalmente, a los que comienzan a escribir.

ACTUAL 1954-1959

Por José Luis MARTÍNEZ

*Caricaturas de Carlos FUENTES**La obra actual
de los escritores mayores*

Considerada en conjunto, la obra inmediata de los escritores pertenecientes a la primera zona se caracteriza por una producción más amplia en el campo del ensayo y los estudios culturales y menos frecuente en la creación poética y novelesca. Alfonso Reyes y Jaime Torres Bodet, que alternaron desde sus orígenes

la poesía con otras formas literarias, continúan enriqueciendo su obra lírica. Reyes, nuestro gran hombre de letras proyecta publicar dentro de la edición de sus *Obras completas*, una nueva colección de su *Obra poética* (1952) que incluya asimismo la producción inmediata, eco justo de la entonada sabiduría de su pródigo otoño y de su flexible sensibilidad. Torres Bodet ha mantenido, durante más de cuarenta años de producción poética casi ininterrumpida, un proceso constante de búsqueda de nuevas formas y depuración interior, hasta llegar en sus libros recientes: *Sin tregua* (1957) y *Trébol de cuatro hojas* (1958), a la expresión desnuda y patética de los conflictos radicales del hombre, contemplados desde la altura serena de la piedad y la comprensión de un noble humanismo. Carlos Pellicer es un caso singular y ya excepcional en la lite-



José Luis Martínez.—“intentar un corte vertical”



Alfonso Reyes.—“nuestro gran hombre de letras”

ratura mexicana. Nació a las letras como poeta y poeta ha seguido siendo exclusivamente hasta ahora, fiel a su propia línea y desarrollo interior e inmune casi a las modas pasajeras. Sin embargo, aquel jocundo deslumbramiento ante el paisaje de sus libros anteriores a 1941, se ha ido interiorizando y desnudando. En *Práctica de vuelo* (1956) y en los poemas posteriores persiste aún su espléndido sentido plástico de las palabras, pero el poeta ha abandonado el mundo para inclinarse ante lo divino y escurrir la intimidad de su alma.

Los libros más significativos de los escritores mayores en el campo de la novela, la narración y el cuento no son muy abundantes. Martín Luis Guzmán, cuya fama —que el tiempo ha aumentado— parte de sus dramáticos e incisivos relatos acerca de la Revolución, recientemente ha publicado, en la plenitud de su dominio estilístico, una narración, *Muertes históricas* (1958) y un guión cinematográfico, *Islas Marias* (1959) que, aunque escritos hace años, parecen afinados por el maestro de hoy. Artemio de Valle Arizpe desde 1918 hasta la fecha escribe y publica sin interrupción sus placenteros novelas y cuentos, tradiciones y leyendas y estudios históricos, siempre en torno de la vida colonial mexicana. Francisco L. Urquiza continúa novelando la leyenda y la historia de los episodios revolucionarios y la vida militar de la que es el intérprete más autorizado. Agustín Yáñez, tras de haber cumplido tareas políticas en su Estado natal, ha vuelto al ejercicio literario con una provisión de nuevas novelas en torno a la vida mexicana del período posrevolucionario, de las cuales la primera de ellas, *La creación* (1959),

desarrolla algunos personajes de uno de los episodios más dramáticos de *Al filo del agua* (1947) —el vigoroso fresco de la vida provinciana al que debe su mayor prestigio como narrador—, para trazar una interesante novela en torno a los problemas de la creación estética y al ambiente intelectual y artístico de México en los años siguientes a 1920.

La producción actual más copiosa de los escritores mayores ha sido en el campo del ensayo, la crítica, los estudios literarios y las memorias. La tradicionalmente escasa inclinación de los escritores mexicanos a contar sus propias experiencias se ha visto desmentida en los últimos años con la publicación de un conjunto de memorias de sugestiva lectura que nos ha permitido asomarnos al desarrollo intelectual de sus autores así como a ciertos momentos decisivos de nuestra vida cultural y política.

Pocos días después de la muerte, ocurrida el 30 de junio de 1959, de quien fuera ilustre educador y pensador y discutido político, José Vasconcelos, se publicó su libro póstumo, *La flama, Los de arriba de la Revolución*, que viene a ser la quinta parte de aquella memorable autobiografía iniciada en 1936 con una obra maestra de la prosa mexicana, *Ulises criollo*. La visión deformada de ciertos acontecimientos de la vida mexicana, que oscurecen estas páginas de Vasconcelos, impedirán que se las pueda equiparar con la varonil audacia y la intrepidez espiritual que dan su gloria al *Ulises criollo*. Sin embargo, entre la confusión y la enturbiada pasión que se desborda en *La flama*, vuelven a encontrarse esas transfiguraciones del mejor Vasconcelos, esos raptos de honda y dramática meditación, esas revelaciones

geniales que tienen la virtud de transportar consigo al lector y recordarle que Vasconcelos seguirá siendo uno de nuestros mayores escritores modernos.

Alfonso Reyes, en cambio, ha iniciado apenas sus memorias y la primera parte hasta ahora publicada, *Parentalia* (1958), es un homenaje a sus mayores. El escritor magistral de tantas páginas ha vuelto los ojos a su pasado familiar, y singularmente a las hazañas guerreras de su abuelo y su padre, con una cálida emoción y con una sofrenada cordialidad que añade una nota más, íntima y húmeda, a las ya múltiples de su enorme obra.

En *Tiempo de arena* (1955), primera parte de las memorias de Jaime Torres Bodet, la balanza se inclina hacia la biografía espiritual mientras que los hechos vitales apenas son un marco o una referencia. Acaso por ello las mejores páginas, de consumada y elegante maestría, son las que narran las revelaciones de figuras literarias o artísticas, como Racine, Beethoven, Proust, Antonio Caso y José Vasconcelos.

A pesar de que, en los últimos años, Salvador Novo sólo ha publicado colecciones retrospectivas de su poesía y obras de teatro —el cual constituye, por ahora, su interés permanente—, desde hace lustros publica semana a semana, en revistas como *Mañana* y *Hoy*, su diario o memorias, ahora con el título de *Cartas a un amigo*. La frecuente frivolidad y la displicente soltura con que escribe Novo este registro semanal de su vida no destruyen la gracia, el humor, la agudeza y la serena reflexión que hacen memorables muchas de estas páginas que, cuando se reúnan, nos darán uno de los diarios más reveladores y originales de nuestro tiempo.

A Vasconcelos y a la campaña política de 1929 en que figuró como candidato presidencial— de tan honda significación para una generación mexicana— se refiere la vibrante crónica o memorias que escribió Mauricio Magdaleno con el nombre de *Las palabras perdidas* (1956). Cierra esta mención de las memorias recientes la segunda parte de las que viene publicando Ermilo Abreu Gómez, esta última con el título de *Duelos y quebrantos* (1959), que narra las primeras experiencias en la ciudad de México del escritor venido de Mérida, Yucatán.

Al señalar los ensayos y estudios literarios más valiosos entre la producción actual de los escritores mayores, hay que volver a mencionar a Alfonso Reyes, que además de los nueve tomos hasta ahora editados de sus *Obras completas*, ha publicado recientemente varios volúmenes de ensayos y notas que dan testimonio de su múltiple sabiduría: *Trayectoria de Goethe* (1954), *Marginalia II* (1954), *Estudios helénicos* (1957), *Las burlas veras* (1957), *Resumen de la literatura mexicana* (1958) y *La filosofía helenística* (1959). Obras de la madurez intelectual de Jaime Torres Bodet son sus dos estudios recientes: *Tres inventores de realidad. Stendhal, Dostoiévski y Pérez Galdós* (1955) y *Balzac* (1959). Sus análisis de los problemas profundos de la creación y de los dilemas radicales que la vida y el arte propusieron a estos grandes novelistas son paradigmas de la crítica literaria.

Los estudios literarios continúan recibiendo contribuciones distinguidas de Francisco Monterde, Julio Jiménez Rue-

da, Antonio Castro Leal, Francisco González Guerrero y José Rojas Garcidueñas; los ensayos de temas culturales han sido cultivados por Pedro de Alba y Manuel Maples Arce; en los ensayos filosóficos sobresale Antonio Gómez Robledo; y en los históricos, Daniel Cosío Villegas, hasta hace pocos años economista, se ha revelado el más riguroso y agudo expositor de nuestra historia moderna.

La investigación literaria más importante realizada en los últimos años es la emprendida por Angel María Garibay al traducir, estudiar y valorar la cultura literaria de nuestros antepasados indígenas del Valle de México. Gracias a sus trabajos, y a los de su discípulo y colaborador Miguel León-Portilla, ha sido posible conocer en versiones directas y sabias los poemas líricos, sacros y épicos, y los textos históricos, morales y filosóficos de la vieja cultura náhuatl, y contar, al mismo tiempo, con una madura información erudita y crítica. A la obra de estos investigadores —que continúan el esfuerzo de una larga tradición de indigenistas y americanistas— se debe con mucho el esclarecimiento de los orígenes de nuestra historia cultural prehispánica y la divulgación de textos cuya belleza fulge ya perdurablemente en nuestro cielo literario.

La obra de las generaciones inmediatas

Una vez perfilada la actividad intelectual que ejercen en los días presentes los escritores mayores, podemos pasar a la segunda zona de nuestro corte a fin de revisar la obra presente de los jóvenes de ayer que hoy, entre sus cuarenta y sus cincuenta años, marcan las pautas literarias e intelectuales.

Las dos tendencias poéticas más visibles parten de las obras de Octavio Paz y de Alí Chumacero. Octavio Paz se encuentra en la cúspide de su creación poética y es la influencia más visible y estimulante para los poetas jóvenes, no sólo por sus versos sino también por sus brillantes ensayos de crítica y teoría poética. El don más intenso y sugestivo de su poesía —que ha alcanzado en *La estación violenta* (1958) una de las expresiones más altas de la poesía mexicana— es un sensual e iluminado lirismo, a la vez comunión y revelación del mundo. La voz poética de Alí Chumacero —que es asimismo un notable crítico y ensayista— no es el canto sino el responso y la elegía en los que el sentimiento se expresa con el hermetismo y el rigor más obstinados. En su libro más importante, *Palabras en reposo* (1956), Chumacero no propone la lección de una poesía espontánea y original sino, por

el contrario, la del mayor rigor. Es un poeta que pule, construye y trasmuta los temas o las anécdotas de sus poemas con un agudo sentido de lo que es poesía y con un apasionado amor por la belleza.

En sus últimas expresiones, la poesía de Efraín Huerta es una viril afirmación de sus convicciones sociales y humanitarias aunque sus mayores aciertos —como en su excelente poema *Avenida Juárez* de su libro *Estrella en alto* (1956)— vuelva a encontrarlos en su línea original, la del poeta de ultrajada ternura que declara apasionadamente su amor y su odio a la ciudad cruel. Los últimos poemas, aún no coleccionados, de Manuel Calvillo han sido la revelación de un nuevo poeta, de ricas y oscuras alegorías.

Los nuevos maestros de la prosa narrativa son Juan José Arreola y Juan Rulfo, cuyos caminos literarios parecen tan divergentes. Jaliscienses los dos y ambos nacidos en 1918, sólo los unió su casi simultánea aparición en las letras mexicanas, lo cual constituyó, a partir de 1953, uno de los más entusiastas y auténticos éxitos literarios. Dotado de un agudo sentido de la belleza plástica del lenguaje y de su poder evocador y transfigurador de mundos reales o imaginarios, Arreola, nuevo juglar burlesco y habilísimo escritor, dio nueva vitalidad al poema en prosa o en términos generales a la poesía artística, en sus dos libros principales: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952). Los secos, ásperos y dramáticos cuentos y novelas de Rulfo acerca del medio rural y de personajes primitivos, podían tener una relación en cambio, con una larga tradición mexicana y particularmente con la corriente que se enlazó con la novela de la Revolución. Pero los cuentos de *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955), de Rulfo, no prolongan sólo aquella línea rural y popular sino que la coronan por su sobria maestría, por la cálida y oscura intensidad de su lenguaje, por su poder para superar sus breves anécdotas y aun el exacto lenguaje popular que las nutre hasta elevarlas a una visión trágica, irónica y humedecida de piedad del mundo violento de los humildes de la tierra.

Después de publicar dos excelentes libros que combinan libremente el reportazgo y el ensayo: *La vida criolla en el siglo XVI* (1955) y *Ki: el drama de un pueblo y de una planta* (1956), Fernando Benítez, que había iniciado su carrera literaria como cuentista, ha vuelto a la narración con una obra que encierra un propósito audaz: el de novelar la derrota y asesinato del Presidente Carranza que ha tenido dos relatores insignes, Francisco L. Urquiza y Martín Luis Guzmán. Con todo, la narración novelesca de Benítez, *El rey viejo* (1959) es también un relato de gran calidad en el que el autor ha sabido enriquecer, con sobrios toques de emoción humana, los hechos de aquellos días trágicos y oprobiosos.

Desde los días de la revista *Taller*, Rafael Solana, escritor dueño de su oficio, ha trabajado sin descanso en la poesía, la novela, el cuento, el teatro y la crítica por el dominio de su expresión. Con *El sol de octubre* (1959), extensa novela que presenta y analiza varios rostros del amor otoñal y ciertos ejemplares de la confusa juventud actual, y aun le da



Carlos Pellicer.—“fiel a su línea y desarrollo interior”

pretexto para coloridas descripciones turísticas y reflexiones literarias, Solana se incorporó de un solo salto al carro de los novelistas de éxito popular de los últimos años.

Ricardo Pozas y Ramón Rubín han escrito recientemente novelas indigenistas tan interesantes por sus valores humanos como para la comprensión de algunos pueblos autóctonos de México.

La producción ensayística más importante de hoy de los escritores que cuentan entre cuarenta y cincuenta años de edad, se inclina decididamente a la reflexión filosófica, con Leopoldo Zea; a la investigación sociológica, con José Iturríaga; a la teoría poética, con Octavio Paz, y a los estudios filosóficos con Antonio Alatorre, todos ellos preocupados por el conocimiento y mejoramiento de la realidad social mexicana.

José Alvarado, que publica de cuando en cuando hermosos relatos, es un periodista cuyo comentario diario a lo grande o a lo nimio tiene siempre una marca de sensibilidad y sugestivo estilo y una norma constante de integridad intelectual.

Los escritores jóvenes de hoy

La última promoción literaria, la de los jóvenes escritores que hoy tienen menos de cuarenta años y que han iniciado su obra en los años inmediatos, es una de las más activas e interesantes de nuestra literatura moderna. De su múltiple y renovada producción acaso pueda anticiparse que está creando un renacimiento literario, aunque todavía no pueda precisarse cuáles vayan a ser sus alcances. Los nuevos escritores no pertenecen a una sola generación —como era lo común— sino que proceden de varias generaciones o grupos que han coincidido no sólo en su aparición literaria sino también en una acometividad y en una afanosa búsqueda de nuevos caminos expresivos.

Son interesantes y personales todos los caminos que explora la nueva generación, pero su tónica más perceptible, con todo, no es la poesía ni el ensayo sino la novela y el teatro —que queda, este último, fuera de los propósitos de este panorama. Además, algunas de las novelas de los nuevos escritores, y otras también inmediatas aunque de escritores mayores, han logrado conquistar un público más numeroso que cualquiera otro alcanzado antes por la literatura, si se exceptúa acaso el que leyó los primeros libros autobiográficos de Vasconcelos. No quiero juzgar todavía la validez de los recursos con que se ha conseguido esta popularidad pero sí señalar que la mayor parte de estas nuevas novelas —a partir de *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo y con pocos antecedentes más atrás— han roto con el primitivismo que empobrecían la composición novelesca para atreverse decididamente, y algunas veces con éxito, con las nuevas técnicas.

Los poetas hoy jóvenes tienen entonaciones muy diferentes: el torrente imaginativo, informe y oscuro, con mucho de la mitología surrealista, de Marco Antonio Montes de Oca; la áspera e íntima protesta, de acento tan personal, contra un mundo filisteo e insensible, de Jaime Sabines; el puro y terso lirismo de Miguel Guardia; la depurada conciencia, iluminada de alegorías, de Jaime

García Terrés —que es, además, un crítico y ensayista de singular rigor e inteligencia—; las múltiples voces de Rubén Bonifaz Nuño, uno de los más diestros poetas recientes, y las promotoras fluencias líricas de los más jóvenes poetas: Manuel Durán, Tomás Segovia, Rafael Ruiz Harrel, Víctor M. Sandoval, Hugo Padilla y Homero Garza. Los nuevos poetas recogen algo de la tradición inmediata, de México y del mundo, que los precede, pero asimismo hacen su personal exploración poética para llegar a encontrar su propia voz.

El grupo de poetisas que se reunió, en su mayor parte, en la revista *América* y publicó sus primeros libros entre 1945 y 1950 ha mantenido su vocación hasta los días actuales. A lo largo de los últimos lustros, Margarita Michelena, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Guadalupe Amor, María Luisa Hidalgo, y las poetisas de inspiración religiosa, Emma Godoy, Enriqueta Ochoa y Gloria Riestra han escrito hermosos poemas y han llegado a conquistar, como en el caso de Guadalupe Amor, extensa fama. Entre todas, han llegado a crear una corriente propia y original de lírica femenina. Pero si cada una de ellas prosigue o apenas inicia su búsqueda de la poesía, se han destacado del coro en momentos sucesivos tres voces más puras e intensas: Margarita Michelena, Guadalupe Amor y Rosario Castellanos.

La conciencia de la nueva generación se ha ejercido principalmente en un afán de revisiones rigurosas del curso de las ideas y de los negocios públicos. Los jóvenes filósofos ensayistas —casi todos ellos discípulos del maestro español José Gaos y del mexicano Leopoldo Zea— se dieron a conocer como grupo Hiperión, hacia 1952, por sus estudios en torno al ser y a la conciencia del mexicano, que a fin de cuentas se resienten por su exceso de especulación, alimentada por la filosofía existencialista entonces en boga, y su incipiente experiencia. De ese grupo inicial, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro y Ricardo Guerra han proseguido su tarea intelectual y han realizado los más firmes estudios y ensayos en su especialidad filosófica. En el campo de la sociología sobresalen las investigaciones de Pablo González Casanova. Los mejores ensayos y notas de temas literarios son de Ramón Xirau, Enrique González Casanova y Jaime García Terrés —este último preocupado asimismo por cuestiones políticas y sociales— María del Carmen Millán, Francisco Zendejas y Emmanuel Carballo escriben crítica y estudios literarios, y Carballo, además, ha publicado notables entrevistas con los personajes sobresalientes de nuestras letras. En este último género, Elena Poniatowska —autora también de curiosos relatos de infancia— ha hecho una creación personalísima que constituye el encanto de las páginas del diario en que las publica. Entrevistas que son una singular mezcla de ingenuidad maliciosa y de agudeza tímida, de gracia femenina y de perspicacia.

El contingente más nutrido y significativo de las nuevas generaciones es el de los novelistas y cuentistas. Carlos Fuentes y Luis Spota han escrito las novelas de más aliento: vastos y apretados murales acerca de la nueva fauna humana que ambiciona, lucha, se corrompe,

ama, sueña y muere en la capital mexicana.

Dueño de una incisiva inteligencia y una cultura poco común, Carlos Fuentes llegó a la novela armado con todos los secretos de la técnica narrativa moderna y con una rica experiencia acerca de las opuestas zonas de la sociedad capitalina y de sus peculiares costumbres y lenguaje. Su primera novela, *La región más transparente* (1958), a la que sólo precedió un original volumen de cuentos, acaso no sea una obra cabalmente lograda —por la profusión de sus personajes, por lo intrincado de sus símbolos y por cierto abusivo recargo lingüístico— pero sí es la novela reciente más ambiciosa, la que más caminos y posibilidades exploró y la que se aventuró lo mismo en los círculos de la inteligencia y de la indagación de nuestro destino que en los de la miseria y la frivolidad.

Las múltiples promesas implícitas en la primera novela de Carlos Fuentes tuvieron su primera respuesta positiva en *Las buenas conciencias* (1959), primera parte de la serie novelesca *Los nuevos*. Apartándose de la composición muralista y un tanto abigarrada de *La región más transparente* y fijándose en la narración de una sola historia y un solo conflicto, la familia y la crisis de la adolescencia de Jaime Ceballos —personaje que ya aparecía, en época posterior de su vida, en la novela anterior—, Fuentes ha escrito una novela de concentrada y equilibrada composición, que se sirve eficazmente, no por carencia sino por sobriedad, de un mínimo de recursos; que se atreve a profundizar, con intrepidez y limpieza de conciencia, en un conflicto de todas las vidas y que describe magistralmente el ambiente de provincia y su nostálgico desprendimiento del mundo porfiriano y su a veces dolorosa adaptación al nuevo orden creado por la Revolución.

Luis Spota, hábil periodista, ha publicado desde 1947 varias novelas de mérito desigual en las que ejerció el arte que ahora domina: el de apresar el interés de sus lectores narrando los dramas oscuros del pueblo de la ciudad de México. En *Casi el paraíso* (1956), su primera novela de gran éxito editorial, Spota trazó con técnica segura y eficaz las aventuras picarescas de un impostor como pretexto para describir la corrupción y esnobismo de la nueva burguesía con pretensiones aristocráticas, y en dos novelas posteriores ha narrado la violencia y el crimen en torno a un conflicto sindical o las sórdidas vidas, abrumadas por las pasiones, los crímenes y las desventuras, de un grupo de cirqueños ambulantes. En todas sus novelas le ha acompañado el éxito, pero, a fin de cuentas, la seducción que ejerce sobre sus lectores parece apoyarse más en el hipnótico atractivo de una truculencia a veces folletinesca, que en aquella otra capacidad que está en las manos de Spota y que ha hecho la grandeza de las novelas memorables: la de revelarnos e iluminarnos nuestra condición humana.

En esta misma línea de los dramas sórdidos de la ciudad y nutrido inmediatamente por la crónica policiaca, Alberto Ramírez de Aguilar ha escrito dos novelas, *Camino a la nada* (1958) y *La noche del sábado* (1959), de fácil lec-



Jaime Torres Bodet.—“cuarenta años de producción poética”



José Vasconcelos.—“visión deformada de ciertos acontecimientos”

tura aunque basada también en morbosas truculencias.

Los desorientados (1958), de Maruxa Villalta, es un primer intento aún inseguro, en torno a los problemas modernos de la adolescencia.

Después de un buen libro de cuentos, Sergio Galindo publicó una estampa llena de ternura y humanidad sobre el drama de una solterona de provincia, *Polvos de arroz* (1958). Su obra más reciente, *La justicia de enero* (1959), es otra novela más de la ciudad de México, la novela de las miserias y de los tristes triunfos de los agentes de migración. Narrador diestro y de dibujo perspicaz, Galindo mantiene el interés del lector sobre un conjunto de personajes, los perseguidores, que viven ambientes muy diversos, sobre su sañuda cacería y sobre sus múltiples angustias y miserias.

Pueden considerarse novelas psicológicas dos libros de buena factura: *Los signos perdidos* (1958) de Sergio Fernández, finas variaciones de cierta entonación proustiana en torno a un grupo social, y *El libro vacío* (1958), de Josefina Vicens, que es un penetrante y sostenido análisis en torno al afán de expresión y a la estéril pobreza de una vida.

Memorias noveladas, hechas de recuerdos y fantasía, de sensibilidad y capricho, de vanidad e inteligencia son *Yo soy mi casa* (1957), el primer libro en prosa de Guadalupe Amor. Sara García Iglesias, que inició su obra literaria con la novela *El jagüey de las ruinas* (1944), tras de un largo silencio volvió a las letras con una novela bien lograda, *Exilio* (1957), acerca de un tema sugestivo: la aclimatación en México de los españoles desterrados.

Si todas las novelas anteriores tienen por escenario la ciudad de México, las siguientes ocurren en ambientes de provincia. *El solitario Atlántico* (1958), de Jorge López Páez, es una de las narraciones más limpias y mejor logradas de los últimos años que nos despierta el recuerdo del mundo mágico y el estupor de las primeras revelaciones de la infancia. *Balún-Canán* (1957), de Rosario Castellanos, una novela llena de vivacidad y color local acerca de los problemas raciales y sociales que persisten en Chiapas, añade un triunfo más a los prestigios de su autora en la lírica. La vida, las venturas y las aventuras de un pequeño poblado de la sierra de Puebla, descritas con prolijo y agradable realismo, son el tema de *Una luz en la otra orilla* (1959), primera novela de María Lombardo de Caso. En *Las ganas de creer* (1958), Armando Ayala Anguiano narró con soltura y superficialidad la peculiar vida de la gente de la frontera californiana. La tierra y el hombre primitivos y hostiles y el viejo drama de la explotación del indio en el Sureste mexicano prestan tema a la primera novela de Alberto Bonifaz Nuño, *La cruz del Sureste* (1954).

En su primer intento narrativo, *El lugar donde crece la hierba* (1959), la excelente autora dramática Luisa Josefina Hernández ha huido de la realidad para hacer una incursión, de difícil lectura, a la atmósfera turbia del entresueño y la pesadilla kafkianos. Emilio Carballido, acaso el más valioso de los nuevos autores teatrales, en sus obras narrativas conserva, por lo contrario, el

mismo clima de fresco realismo, de mundo joven que hay en sus mejores piezas. *La veleta oxidada* (1956) y *El norte* (1958), en efecto, son novelas breves acerca de los problemas cotidianos de los jóvenes de hoy —alocados, de incierta y escasa moral y llenos de confusos sueños y afanes—, pero tienen el encanto de una fluidez y una simpatía, intrascendentes quizá, pero llenas de comprensión para sus personajes.

Junto a este nutrido contingente de nuevos novelistas que han publicado libros dignos de atención en los últimos años (1954-1959) debe mencionarse el grupo aún más numeroso de los cuentistas jóvenes. He aquí sus nombres, ordenados por la fecha de publicación de sus primeros libros de cuentos: Emmanuel Carballo, Gastón García Cantú, Angel Bassols Batalla, José de la Colina, Edmundo Valadés, Carlos Valdés, Salvador Reyes Nevárez, Antonio Souza, Ricardo Garibay, Carmen Rosenzweig, Raúl Prieto, Alberto Monterde, Carmen Báez, Beatriz Espejo, Guadalupe Dueñas, Elena Garro —autora además, de algunas de las más interesantes piezas teatrales contemporáneas—, José Emilio Pacheco, Tomás Mojarro, Emma Dolujanoff, Amparo Dávila y Eglantina Ochoa Sandoval. Veintiún nuevos escritores de menos de treinta años la mayoría, que asedian por todos los flancos y extremos posibles el problema infinito del cuento. Los temas que han tratado ofrecen un repertorio mucho más amplio del que venía siendo tradicional e invariable en las letras mexicanas. De acuerdo con esta línea, hay cuentos sobre problemas sociales y raciales y sobre episodios de la Revolución, pero hay además cuentos sobre la vida en provincia, sobre la intimidad femenina, sobre tipos populares de la ciudad, sobre tipos rurales, y de imaginación y fantasía. En algunos de sus cuentos persiste el trazo espontáneo pero en otros se advierte una elaboración intencionada y un estilo ágil y preciso, como en los de Garibay, Carballo, Valdés, García Cantú, y Valadés. Pacheco prefiere el labrado del estilo a la manera de Borges y Arreola, y Mojarro sigue la desnuda aspereza de Rulfo. Imaginación, sensibilidad y ternura irreduciblemente femeninas trascienden los cuentos de Carmen Rosenzweig, Amparo Dávila, Elena Garro y Guadalupe Dueñas. En los cuentos de Raúl Prieto hay un pequeño mundo observado con ironía y agudeza. *Mazamitla*, de Ricardo Garibay, en su género una obra maestra, con sus lentos y exactos movimientos de ballet en torno al viejo drama rural de la violencia.

Me he detenido a enumerar todas las novelas que merecen recordarse de escritores jóvenes y los nombres de los nuevos cuentistas, que inician su obra para mostrar la extraordinaria ebullición de temas, de intentos y no pocas veces de éxitos que anima la nueva prosa narrativa. La explicación más obvia que puede darse de la existencia de esta plétora de narradores puede ser la del éxito de público y editorial que han alcanzado algunos de los nuevos novelistas, y en términos más generales, el hecho de que ahora se vendan más ejemplares de una novela o de un libro de cuentos. En todo caso, lo importante



Jaime García Terrés.—"depurada contención iluminada de alegrías"

es señalar que sólo a partir de los últimos años —acaso desde la publicación de la colección "Letras Mexicanas" que se inició en 1952— nuestra literatura ha iniciado firmemente la conquista del público. Los nuevos narradores han roto también otra barrera, la de los temas, que mantuvo durante lustros atada a la novela y al cuento a la órbita de lo social y lo rural. Han encontrado ciertamente otros asuntos, pero persiste aún en la mayoría de los novelistas y cuentistas, mayores y menores, un gusto hipnótico por lo extremo, por la denun-

cia social y por cierta truculencia con resabios de crónica policíaca, como si la vida y los problemas de los hombres y las mujeres normales, los intrascendentes problemas cotidianos: el amor, la ambición, la vejez, el tedio, la comprensión humana, la insatisfacción, los hijos y la muerte no fueran cuando menos tan interesantes como el asesinato de una solterona o los amores de un borracho y una enana. Por otra parte, tengo la impresión de que algunos de los novelistas de éxito están dejándose llevar, consciente o inconscientemente, por

el deplorable ejemplo del cine mexicano que descubrió el camino del éxito comercial en el recurso de dirigirse al público más primitivo e incitar sus pasiones rudimentarias. Sin embargo, sin necesidad de apelar a razones artísticas o a cuestiones morales, quisiera recordar que nuestros lectores siguen leyendo novelas inglesas, norteamericanas, francesas o italianas que no están hechas sino excepcionalmente de estos extremos primitivos de lo humano, y se leen porque estos lectores, como los de todo el mundo, buscan en la novela o en el cuento el interés y la seducción que nacen de las imágenes eficaces y persuasivas de la vida toda.

Con todo, pese a estas limitaciones y estos excesos, comprensibles en un arte que de pronto ha dejado de ser juego privado para convertirse en medio pú-



blico de expresión, es necesario afirmar que la nueva prosa narrativa y el nuevo teatro constituyen la creación literaria más activa, renovadora y original de las letras mexicanas de hoy.

Considerada en conjunto, la literatura mexicana actual da la impresión de encontrarse en uno de los períodos más activos y fértiles en la historia de nuestras letras. Herederas del lento y complejo esfuerzo que vino gestándose desde la generación de 1910, las generaciones actuales parecen destinadas a llevar a cabo, al fin, el salto que libre a la literatura mexicana del provincianismo, del aislacionismo que no había podido superar hasta ahora —salvo en contadas excepciones— para existir y circular en un clima universal. Bastaban los dedos de una mano para contar a los escritores mexicanos que habían sido traducidos a lenguas extranjeras hasta 1950 o 1952; a partir de estas fechas, va siendo cosa normal que los libros mexicanos importantes —novelas, teatro, poemas, ensayos, reportajes— se traduzcan al inglés, al francés, al italiano, al alemán, al ruso, al japonés y al chino. Son numerosas, además, las antologías que recogen versiones de nuestros poetas o las entregas de revistas extranjeras consagradas a las letras mexicanas. Y sin duda, esta conciencia de que lo que se escribe puede ser leído no sólo en México sino en pueblos remotos, y aquella seguridad, también recientemente conquistada, de que muchos lectores van a leerlo, han dado una nueva seguridad, una responsabilidad y cierta soltura a las nuevas letras. No es tiempo aún de ponderar la significación y la trascendencia de la literatura joven mexicana, pero sí puede asegurarse que, manteniendo un ritmo paralelo al del intenso desarrollo económico y social que vive el país, la expresión literaria se encuentra en uno de sus momentos más renovadores y fecundos.

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942) RETRATO DE UN POETA ESPAÑOL

Por Gustav SIEBENMANN

MUERTE Y FAMA

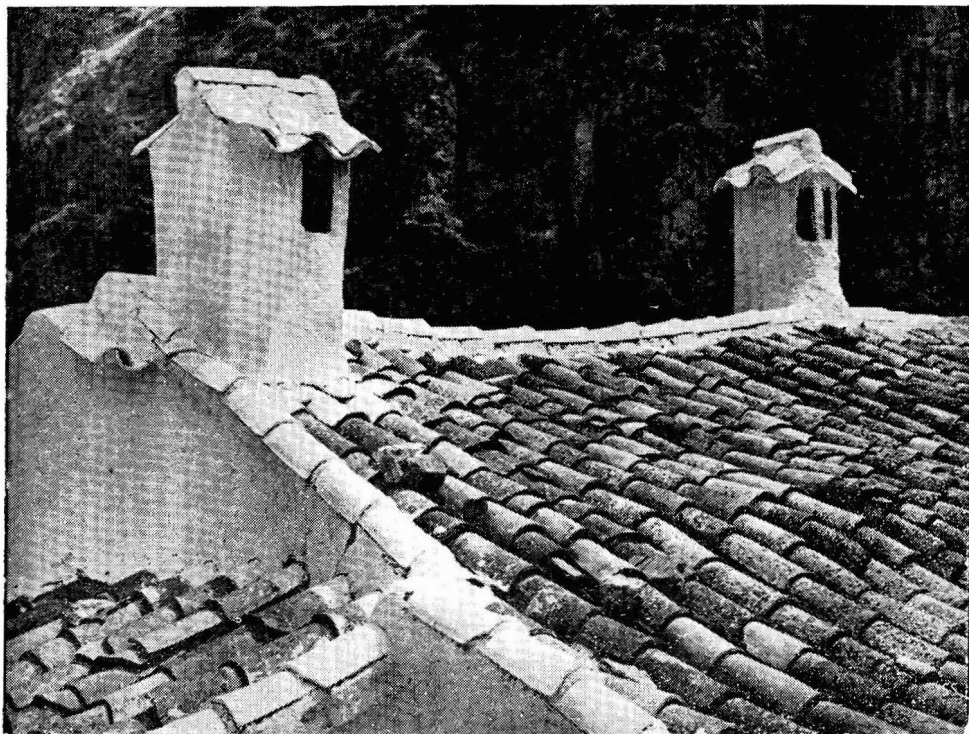
POCO A POCO VA COMPRENDIENDO la crítica española que ninguno de los poetas nacidos en España en los últimos cincuenta años supera en importancia a Miguel Hernández. En la misma España no se reconoció su grandeza sino después de su muerte, y fuera de los países de habla española sigue siendo, todavía hoy, casi un desconocido. Ambos hechos se explican fácilmente. Los poemas que justifican su fama se escribieron en la cárcel y apenas se publicaron, parcialmente, en 1951 y 1952. Las poesías de Hernández impresas antes de la Guerra Civil no se encontraban por ninguna parte: estaban prohibidas o habían desaparecido. Cuando José María de Cossío, haciendo valer su influencia conciliadora, publicó en la popular "Colección Austral", el año de 1949, la segunda edición del volumen de poesías *El rayo que no cesa* (1936), brindó a los amantes de la literatura, y muy especialmente a los jóvenes, la oportunidad de conocer la poesía de ese excelso campesino. La nutrida selección que del conjunto de su obra publicó Arturo del Hoyo en la editorial Aguilar el año de 1952 está agotada desde hace tiempo y se ha convertido casi en rareza de bibliófilo.

Parece estarse preparando un cambio de gusto análogo a aquel que hizo que los amantes de la poesía pasaran de Juan Ramón Jiménez a Antonio Machado: los lectores parecen olvidar un poco la obra singular de García Lorca en favor de la poesía humana y el grito indignado de Hernández. A ambos poetas les tocó el mismo fin trágico. Pero García Lorca, cuando fue fusilado, gozaba ya de gran fama; Hernández, en cambio, sólo alcanzó la grandeza plena gracias a su destino de reclusión y de sombra. La notable di-

ferencia de tono y de temas que existe entre estos poetas explica además por qué, a pesar de que el destino tendía a convertirlos a ambos en figuras legendarias, poseen tan distinta fuerza de irradiación. A diferencia de Antonio Machado y de García Lorca, Hernández fue una víctima que los vencedores hubieran podido salvar: tuvieron tiempo de sobra. A pesar de que por él abogaron varios personajes influyentes, y a pesar de su precaria salud, lo arrastraron durante tres años por las cárceles españolas. Murió el 28 de marzo de 1942 en Alicante, víctima de una tuberculosis pulmonar. Imposible concebir un final más doloroso para una vida que había llegado a conocerse a sí misma en el aliento de una firme voluntad creadora. En el extranjero, en medio de las muertes en masa ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial, su desaparición no suscitó escándalo ni protestas. Sólo más tarde, con la creciente resonancia de su lírica, surgió la indignación y el pesar.

LA VIDA

El pastorcillo.—Frente al triste fin vemos, si remontamos el curso de su breve y azarosa vida, un comienzo radiante, a su vez amenazado por la leyenda. Nació el 30 de octubre de 1910 en el pueblo de Orihuela (provincia de Alicante). Su padre era pastor y tratante en ovejas y cabras; la necesidad lo obligó a sacar a su hijo del colegio de jesuitas para que le ayudara a cuidar los animales. Más tarde reconocería Miguel la influencia que sobre él ejerció tan romántico origen. Vicente Aleixandre asegura en sus *Encuentros* que cuando Miguel le escribió por primera vez, pidiéndole tímidamente su libro *La destrucción o el amor*, completó su firma con la



"el peculiar carácter de su provincia"